

# Espíritu Objetivo y Realidad Colectiva

*Por Alfredo POVIÑA, Profesor de Sociología en la Universidad de Córdoba, Rep. Argentina. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología*

## I

EL tema referente al problema del espíritu objetivo, que es una de las cuestiones fundamentales de la novísima filosofía de los valores, no puede tratarse adecuadamente de un modo sintético. Pero para nuestro propósito basta simplemente con conocer lo que se llama espíritu objetivo, no con el fin siquiera de plantear y exponer agotadamente la cuestión, sino simplemente para poder contraponerla a una de sus formas especiales, que es la realidad colectiva.

El punto de partida del problema del espíritu objetivo está en íntima vinculación con el concepto de cultura, que se precisa con claridad por oposición a naturaleza. Todo lo que no sea naturaleza, es decir, todo aquello que sólo existe por obra del hombre, es cultura; entendiéndolo por tal, "cuanto el hombre consciente o inconscientemente, crea, produce o modifica".

El espíritu, que es específicamente humano, es lo que crea la cultura. Es el sujeto. Por otra parte, los objetos o productos de la cultura son encarnación o realizaciones de ese espíritu; es espíritu objetivo u objetivado. El

NOTA.—El presente trabajo, que solamente tiene la pretensión de ser una introducción al pensamiento sociológico de Hans Freyer, tiene como referencias bibliográficas directas, las siguientes obras: para la primera parte: Luis Recasens Siches: "Estudios de Filosofía del Derecho" (Bosch, 1936), y Francisco Romero: "Los problemas de la Filosofía de la Cultura" (1938).—Para la segunda parte: Alfredo Poviña: "Una nueva lógica de la Sociología" (1939), y "La Sociología como Ciencia de Realidad: determinación de su concepto en Freyer. (En prensa).

campo, los árboles, la piedra, la montaña, el río, son naturaleza. El cultivo, el jardín, el dique, las alhajas, son cultura. Aquellas cosas existen sin el hombre; estas otras existen por el hombre. Los objetos de la cultura son humanos, tienen una finalidad, importan un valor, poseen un sentido.

De ahí la doble categoría de ciencias. La distinción entre ellas proviene de que los hechos que son objeto de las ciencias de la naturaleza, existen exteriormente, y los conocemos por medio de los sentidos. En cambio, los fenómenos del espíritu viven en nosotros mismos como actos de conciencia.

Esta distinción tan clara, tan simple, hasta tan baladí, y que a pesar de todo carece de prosapia remota, tiene gran trascendencia filosófica con respecto a la teoría del conocimiento.

Se trata de dos dominios que tienen objeto diferente, y como consecuencia, procedimientos lógicos distintos: conocemos causalmente la naturaleza; comprendemos la cultura, entendiendo su sentido.

Así en el mundo natural tenemos en cuenta “el origen del objeto, su naturaleza y su constitución física o biológica”, con lo que se agota el problema; a diferencia de lo cultural, que fuera de la realidad física que es su soporte, interesa “la significación, el sentido”, el valor que se le atribuye.

Pongamos un ejemplo. Si examinamos una piedra, como lo hace el físico o el geólogo, la investigación se acaba con el análisis exterior de sus elementos. Pero si esta piedra, aunque siempre piedra, es una hacha de sílex del tiempo prehistórico, aparece de repente un segundo plano de investigación; no importan ya los fenómenos físicos o químicos que han intervenido en la constitución de la piedra, sino los acontecimientos humanos con los cuales se relaciona ese objeto.

En los bienes culturales es posible distinguir así una exterioridad física, una realidad externa; y un sentido, una significación, un contenido espiritual. El primero es el soporte, el vehículo, el medio de expresión de la cultura, que sirve de signo material para la interpretación de su significado, que es el problema esencial.

“Una religión, por ejemplo, como exterioridad física, es un conjunto de edificios para el culto, unos libros, imágenes e inscripciones, ciertos movimientos en los ritos y ciertas palabras en la plegaria. Una obra de arte es piedra, lienzo, color, líneas, sonidos, palabras”. Pero ni el arte ni la religión son esas cosas, que es lo de menos. No consisten en los libros, en los ritos, o en los edificios, ni en el lienzo o en la línea, sino en su contenido

espiritual, en su doctrina, en su intención, en su fin: la belleza, la creencia, el amor, la caridad, Dios.

La misma materialidad puede servir a contenidos diferentes, y por éstos se distinguen. Como dice Romero al estudiar “Los problemas de la filosofía de la cultura”, con la misma mole de mármol puede hacerse un umbral, una señal caminera, un busto de César. Con los mismos colores se pueden pintar las puertas de una casa y la Capilla Sixtina. Todo el problema de interpretación de lo cultural consiste así, en pasar en cada caso, de esos signos comunes, de esa expresión exterior, a lo expresado por ellos, al contenido, a la intención humana y solamente humana.

La vida cultural no es, sin embargo, ni espíritu subjetivo como los fenómenos psíquicos que pueden conocerse sin salir de sí mismo, ni fenómenos naturales que pueden conocerse sin entrar en sí mismo, sino vida objetiva, exteriorizada y que tiene un contenido ideal. Es espíritu, pero es objetivo. Es un objeto exterior, pero con vivencia espiritual. Sin comprender este sentido o intención, no puede conocerse su ser; la existencia de contenidos de sentidos objetivos es un momento esencial del mundo espiritual.

Si queremos efectuar un estudio sistemático de la cultura, lo primero que conviene hacer es examinar esos productos objetivos según el modo cómo en ellos se realiza la objetivación espiritual. Así resulta una clasificación formal según la manera y la dirección de la objetivación, la que ha sido formulada por Hans Freyer en su “breve y sustancial libro sobre la Teoría del espíritu objetivo”.

Freyer distingue cinco grupos o tipos generales de productos culturales, que designa con los nombres de formaciones, útiles, signos, formas sociales y educación. Las formaciones comprenden todas las obras de arte, toda teoría, y por lo tanto, las doctrinas religiosas, las ciencias, la filosofía. El segundo grupo, el de los útiles, abarca todo lo que se ha constituido en vista de su utilización práctica, todo lo que sirve para algo, desde las herramientas hasta un vestido, una casa, un buque. El tercer grupo incluye todos los signos que sirven para significar algo, como el lenguaje o el formulismo matemático. La educación forma parte del espíritu objetivo en cuanto es la incorporación al individuo de bienes culturales, que apropia y hace suyos.

Nos queda la categoría de las formas sociales, que comprende todas las relaciones humanas, que es preciso separar severamente, nos dice Freyer en

otra de sus obras: "Introducción a la Sociología", de las otras formas del espíritu objetivo.

## II

Las ciencias que tienen por objeto esta realidad especial, se distinguen necesariamente de los otros dos conocimientos de que es capaz el espíritu teórico. La sociología, que es entre ellas la principal, no es ciencia natural, pero tampoco es conocimiento del espíritu estrictamente, sino disciplina de otra naturaleza.

La lógica de la sociología se funda, según Freyer, en que las figuras sociales son una realidad a la cual pertenecemos nosotros mismos con nuestro ser y con nuestra actividad. La sociología trata con objetos frente a los cuales nos colocamos de otra manera que cuando lo hacemos ante las imágenes del espíritu objetivo. Pertenecen al grupo de ciencias de la realidad, juntamente con la Psicología e Historia, como opuestas a las ciencias del logos.

En éstas estamos frente a figuras del espíritu objetivo, ya concluidas; nada hay que resolver, pues todo es una organización decidida ya; todo se halla encerrado en una forma que sólo hay que tratar de interpretar. Pero allá, en las ciencias de la realidad, nuestro conocimiento se dirige a las situaciones de un acaecer, dentro del cual estamos nosotros mismos y que sigue su curso por nosotros mismos.

La totalidad espiritual es obra de la vida que la ha creado. Es la misma vida que se ha transformado en una forma, y que sólo puede comprenderse conociendo su significado y su sentido. Es una forma de vida inmovilizada, en la que el tiempo no actúa para cambiarla. El espíritu objetivo ondula sobre el mar de la vivencia. En él se ha objetivado el espíritu de los hombres que lo crearon. La humanidad viva, que creó las obras culturales y vivió con ellas, ha dejado de existir. Pero su contenido espiritual, saliéndose del curso del devenir y del perecer, se ha conservado en las formas concluidas de los productos. Construcciones y obras de arte, formas de colonización y caminos, útiles y usos, creaciones de idiomas y de principios jurídicos, costumbres y cultos, construcciones científicas y sistemas de educación, todos estos productos y ordenamientos llevan en sí, expresa Freyer, como contenido de sentido, el espíritu de la humanidad y del mundo a que pertenecían.

La realidad social no se identifica con esta noción de existencia espiritual, sino que ocupa un lugar aparte entre los productos objetivos, por

ciertos caracteres perfectamente definidos, que obliga a consideraciones epistemológicas particulares, resultantes de la intervención del sujeto cognoscente en el objeto cognoscible. El hombre como sujeto, participa activamente de la realidad que quiere conocer, porque el individuo forma parte de la sociedad; a ella pertenecemos con nuestro ser y hacer. El sujeto y el objeto son esencialmente idénticos; no hay nada “frente a frente”, como en las demás ciencias intelectuales, sino un suceder al cual el mismo investigador pertenece existencialmente. En todos los productos sociales existe esta identidad de material y sujeto. Miramos en el fondo de ellos y nos encontramos a nosotros mismos, porque el individuo tiene una participación activa en la realidad social. Se inserta en ella, en el objeto que quiere conocer, que es él mismo. Los productos sociales están hechos con nuestro cuerpo, con nuestra alma, con nuestro destino; son, por así decirlo, como si nosotros mismos fuéramos el mármol de que está hecha la obra de arte, como si nosotros, humanos, fuéramos los tonos con los que se cumple el acaecer musical.

La realidad social se distingue así claramente de la realidad de los demás productos del espíritu objetivo. Hay tres notas distintivas que podemos sintetizar con una sola palabra, diciendo que las figuras o imágenes sociales son: *vitales, temporales, existenciales*.

Son *vitales* por el hecho sencillo, pero fundamental, de que son formas de vida esencialmente vivas. En ellas participa el individuo con su voluntad, de un modo activo; puede modificarlas, trascendiendo de su forma actual.

Los productos del espíritu objetivo son también formas de vida, pero sin vida; son formas de una vida que ya no es vida; son obras que ha creado el espíritu humano y que tienen un sentido, pero ninguna vida; a diferencia de los productos sociales que son formas de vida que llevan en sí la dinámica de su vida, porque las personas mismas, con todo su ser y destino, constituyen el material con el cual se han construido.

Los productos sociales están formados del cuerpo del hombre y del alma del hombre; están acuñados por voluntades y por destinos del hombre; son tramas cuyos hilos somos nosotros mismos; tensiones que aumentan por nuestra existencia y actividad.

Los productos del espíritu objetivo, una vez creados, salen del curso de la vida, y se enfrentan a su mismo creador como forma objetiva. En

cambio, las figuras sociales nunca se separan de la persona. Son un permanente acaecer entre los hombres; constantemente emergen de la vida del hombre, como la fuente de la masa líquida. Aunque los individuos pasen, tienen su propia consistencia, no como la de una pared compuesta de ladrillos, sino como una melodía compuesta de sonidos: Su tono equilibrado surge del conjunto de las personas, que como una forma se eleva desde sus vidas.

Son *temporales* decimos, porque la realidad social está referida a un tiempo concreto, está ordenada en él. No son extra-temporales como los productos objetivos en los que la vida se transmutó en formas. La realidad social está dentro del tiempo, vinculada a una situación histórica determinada.

Las figuras sociales no se separan de las personas que son sus conductores, sino que quedan ligadas a ellas; por eso, nunca se convierten en formas valederas en su propio mundo, sino que son realidades concretas en el tiempo y en el devenir histórico, que no se han apagado en ellas. En otras palabras, son realidades históricas que están ligadas a un época determinada, a diferencia del mundo del espíritu objetivo que es un reino de formas concluídas, como figuras completamente terminadas, una a la par de otra, que tienen como algo esencial el haber quedado fuera del tiempo.

Existe una tercera nota de los productos sociales que es una síntesis de las dos primeras: como consecuencia de ser inseparables del hombre e inseparables del tiempo, son también la situación existencial del hombre. De la humanidad y de la historicidad de los productos sociales surge su actualidad.

Son *existenciales* porque la realidad social se vincula al presente vivido. Es la expresión exteriorizada de la existencia humana; desde que el individuo se inserta en esa realidad, como material y como fuerza activa. Es la existencia presente y su destino. La volición del momento actual y su decisión en el presente. El ahora histórico, existencialmente idéntico a nosotros.

Nos encontramos vinculados a determinados productos sociales, es decir, a los actuales, de una manera específica, existencialmente; son sencillamente nosotros mismos, y nada más. Su ley estructural es el ordenamiento en que vivimos. Su subsistencia y modificación es nuestro destino. Somos el material vivo con el cual se elaboran estas formas. En la dialéctica del devenir actual, nosotros mismos somos parte y fuerza activa.

Por esta razón, la sociología no es propiamente conocimiento de un objeto, sino más bien conocimiento del yo; mejor dicho, *conocimiento del yo en su realidad de lo social*, que de acuerdo a la fórmula de Karl Dunkmann, puede expresarse diciendo: “yo, el hombre social, es para mí, sociólogo, el objeto más propio de mi ciencia”.

Ahora aparece clara la diferencia entre la sociología y las demás ciencias de la cultura, “a las que corta verticalmente”, porque aunque la realidad social se componga de estructuras reales, no es una esfera de obras objetivas, sino que constituye el fundamento humano sobre el que descansa la cultura y el conjunto de fuerzas que las crea. Su objeto es *una realidad viviente que se conoce a sí misma*, que es la situación completamente nueva, planteada por Freyer, desde la cual debe comprenderse la estructura lógica y la actitud cognoscitiva de la sociología.

De las mencionadas características fundamentales de esta forma particular del espíritu objetivo, que es la realidad social, surge la doble dificultad de la investigación sociológica: 1º porque sus realidades determinan nuestra propia vida a cada momento, lo que le hace perder sus lineamientos firmes y la disuelve ante nuestros propios ojos al acercarnos demasiado a ella; 2º porque es preciso saber adaptar la mirada para llegar a su fundamento espiritual, porque concebir la vida colectiva solo como un conglomerado natural y un conjunto de materias, sería como aprehender únicamente la cáscara vacía y no la completa realidad de los hechos sociales.